

DIA DIEZ Y SIETE.

SAN PATRICIO

CONFESOR, OBISPO Y APÓSTOL DE IRLANDA.

San Patricio, apóstol de Irlanda, nació en Escocia, en el territorio de la ciudad de Aclud, hoy Dumbríton, hacia el año 377 del nacimiento de Cristo. Su padre, llamado Calurnio, y su madre Conquesa, parienta de san Martín, arzobispo de Tours, le criaron con tanta piedad, y le imbuyeron tan desde luego en los principios de la Religión, así con su doctrina como con sus ejemplos, que el niño Patricio en nada hallaba gusto sino en la oración. Asegura el monje Jocelin, en la vida que escribió del santo, que Dios le comunicó el don de milagros desde la misma cuna. Con todo eso, la divina Providencia, que quería irle disponiendo muy de antemano para el apostolado, permitió que fuese esclavo en aquel mismo país de donde con el tiempo había de ser apóstol.

A los diez y seis años de su edad le cogieron unos salteadores de caminos irlandeses, juntamente con una hermana suya llamada Lupita, y le llevaron cautivo á Irlanda. Vendieronle á un paisano, y en los cinco ó seis años que duró su cautiverio aprendió la lengua y las costumbres del país.

Encargóle el patron á quien servía la guarda del inmundo ganado de cerda, y en medio de los montes hacia vida de un perfecto solitario. Adoraba á Dios postrado en tierra cien veces de día y otras tantas de noche, sirviéndole de lecho la dura tierra, y de sustento unas insípidas raíces.

Había cerca de seis años que Patricio santificaba su esclavitud con estos piadosos ejercicios de penitencia, cuando se le apareció un ángel en figura de un gallardo mancebo, y mandándole cavar en un lugar que le señaló, le hizo encontrar una cantidad de dinero, con la que compró su libertad. Vuelto á Escocia, pasó otros cuatro años en casa de su padre. Por las muchas visiones que tuvo en este tiempo, conoció que le llamaba Dios á trabajar en la conversión de los pueblos de Irlanda, y desde entonces hizo ánimo de dedicarse á ella. Habiéndose embarcado con sus padres para ir á Bretaña, fué cogido por unos piratas que le vendieron á unos Pictos, gentes de su país, los cuales le pusieron presto en libertad. En fin, tercera vez fué hecho esclavo y conducido á Burdeos, donde le compró un amo tan benigno, que compadecido de su desgracia y prendado de su apacibilidad y de su paciencia, le envió libre á su país, donde no se detuvo mucho tiempo.

Resuelto á consagrarse todo á Dios, pasó á Francia, y se retiró al monasterio de Marmoutier, que había fundado san Martín. Allí recibió la tonsura eclesiástica y monacal, hizo la profesión, y en tres años que vivió en el monasterio fué modelo de la perfección religiosa.

Creciendo su zelo al paso que crecía su piedad, volvió á la Gran Bretaña, suspirando siempre por la conversión de los Irlandeses. Habiendo ocurrido varios embarazos que le estorbaron el viaje de Irlanda, volvió á Francia, pasó á Italia, y ocupó siete años en visitar los santuarios y monasterios de las islas vecinas. Tres años le detuvo en su compañía san Senior, obispo de Pisa; y cautivado así de su ardiente zelo por la conversión de los gentiles, como de su eminente santidad, le ordenó de sacerdote. El nuevo carácter le inspiró nuevo deseo de ir cuanto antes á trabajar

en la conversion de los Irlandeses; volvió á pasar el mar sin otra mision que la de su zelo, y así no le bendijo el Señor. No quisieron oírle aquellos pueblos, y se vió precisado á volver á Francia tercera vez. Paró en Auxerre en casa de su obispo san Amador, bajo cuya disciplina se conservó hasta su muerte, que sucedió tres años despues; y continuó otros tres años bajo la del célebre san German su sucesor, y en la escuela de este gran prelado adquirió nuestro santo las cualidades de un santo pastor y de un grande apóstol.

No dudando san German que Dios habia escogido á Patricio por apóstol de Irlanda, le aconsejó que se fuese á echar á los piés del papa Celestino I, para recibir de su mano el destino de aquella mision. Recibióle el pontífice con mucha benignidad, alabó su zelo, aprobó su ánimo; pero, como acababa de enviar á san Paladio á aquel país, le pareció conveniente suspender la ejecucion, y así le mandó que esperase. Mientras tanto se volvió Patricio á Auxerre á gozar de la compañía de san German, quien teniendo noticia de la muerte de Paladio, le volvió á enviar á Roma con cartas de recomendacion. Fué recibido del papa con mayores muestras de estimacion que la primera vez; y habiéndole consagrado él mismo por obispo de Irlanda, le despachó á aquella isla colmado de bendiciones, y con poderes de legado apostólico.

Volvió por Auxerre el nuevo apóstol, y recibiendo allí las saludables instrucciones que le dió san German para desempeñar felizmente su mision, pasó á Irlanda el año 432. Las milagrosas conversiones que hizo desde luego en el país de Cambria y Cornualle, le determinaron á entrarse en la provincia de Lagenia, donde san Paladio no habia hecho fruto alguno. Apenas predicó en ella la fe, cuando tuvo el consuelo de ver convertidas en menos de un año mas de las dos

terceras partes de la provincia; y habiendo dejado en ella algunos misioneros compañeros suyos para cultivar aquella nueva viña, pasó el nuevo apóstol á la provincia de Ultonia, donde fué la miés tan abundante y tan feliz, que fundó el monasterio de Sabal, cerca de la ciudad de Duna, nombrando por primer abad á su discípulo Dunio. Este monasterio, tan célebre desde entonces por tanto número de santos monjes, fué presto un seminario de hombres apostólicos.

Aumentándose la miés, fué preciso que se aumentasen los obreros. Jamás ha habido nacion que mostrase mayor ardor para abrazar la fe de Jesucristo. Apenas se dejaba Patricio ver en alguna ciudad ó en algun pueblo, cuando los mismos gentiles se daban priesa á echar por tierra los templos que ellos mismos habian levantado, compitiéndose á porfia en hacer pedazos los idolos.

Leogar, el principe mas poderoso del país, y el mas encaprichado en las supersticiones paganas, empleó todas sus fuerzas, y se valió de todos los artificios de los magos para detener los rápidos progresos de la fe, y para poner limites á las victorias que nuestro santo conseguia cada dia del paganismo; pero todos sus artificios no sirvieron mas que para hacer mas floreciente la religion cristiana, y mas célebre el nombre de san Patricio. Un numeroso ejército de gentiles, que venia á echarse sobre los cristianos congregados por el santo en una espaciosa llanura, fué enteramente dispersado por los truenos y por los rayos que cayeron sobre él estando el cielo muy sereno. Desfiz todos embustes y prestigios de los hechiceros; el principal de ellos, llamado Locho, que con artificios semejantes á los de Simon Mago se levantaba por los aires a presencia del rey, fué precipitado, y cayó muerto á los piés de san Patricio. Convirtiósese á la fe Conallo,

hijo de Leogar, mas prudente que el padre, y con el tiempo fué un héroe del cristianismo; imitaron su ejemplo dos hermanas suyas; y lo que acaso no se habia visto jamás, los magos ó hechiceros, que eran en gran número y muy poderosos en la corte, abrieron los ojos á la luz de la fe, fueron bautizados, y con el tiempo se acreditaron de fervorosos cristianos.

Hecha ya cristiana toda la Ultonia, pasó Patricio á las provincias de Media, de Cannacia y de Momonia; corrió con increíbles fatigas toda la Irlanda, y no dejó rincón de aquella tan vasta como bien poblada isla, que no alumbrase con las luces de la fe, y donde no levantase muchas iglesias.

No podia hacerse sin grandes milagros la conversion de tantos pueblos duros, poco tratables y groseros: hizolos nuestro santo. Obedecian á su voz los vientos y las tempestades; desvanecianse las dolencias en haciendo sobre los enfermos la señal de la cruz; muchos de sus discipulos gozaban el mismo don; no habia cosa secreta para Patricio, y hasta la misma muerte soltaba la presa á la voz de su oracion.

Pero creciendo cada dia inmensamente el número de los fieles, era menester proveer de nuevos pastores al nuevo rebaño; lo que obligó al santo á hacer otro viaje á Roma el año 444. Recibióle el gran pontífice san Leon como lo merecia un apóstol. Y habiendo arreglado con el papa todo lo concerniente á la recién nacida iglesia, dió la vuelta á su querido rebaño; y como si la Irlanda sola fuese poco teatro para el ardor inmenso de su zelo, se detuvo en la costa occidental de la Gran Bretaña, donde predicó la fe con el mismo feliz suceso, y fundó tambien algunos monasterios.

Vuelto á Irlanda con la recluta de nuevos operarios, los distribuyó en las provincias de Langenia, de Media, de Cannacia y de Momonia: ordenó gran número

de obispos para las nuevas diócesis de Laghlin, de Fernes, de Douna, de Kilmor, de Galloway, de Limerick, de Media, de Cashel, de Thoam, de Waterford; y restituyéndose á Ultonia, levantó la célebre iglesia de Armagh, erigiéndola en silla metropolitana y primada de toda Irlanda. Pasó despues á las islas adyacentes, y todas las conquistó para Jesucristo. Hizo cuarto viaje á Roma para obtener de la silla apostólica la confirmacion y repartimiento de los obispados que habia erigido, los titulos y privilegios de las iglesias como los habia arreglado, y á su vuelta de este viaje celebró en Armagh el primer concilio.

Apenas fuera creible que nuestro santo pudiese obrar tantas maravillas, sin rendirse al peso de tantos trabajos, si no se supiera que para los hombres apostólicos estan reservadas gracias muy particulares y auxilios muy extraordinarios. Pero lo que se hace mas inverosímil, siendo con todo eso muy verdadero, es que tantas y tan portentosas fatigas no bastaron á saciar el ardiente deseo que tenia de padecer por Jesucristo, ni pudieron satisfacer la amorosa ansia que tenia por la penitencia.

Traia siempre un áspero cilicio, ayunaba rigurosamente todo el año, hacia á pié todos los viajes; y aunque oprimido de la solicitud pastoral y del gobierno de todas las iglesias de Irlanda, todos los dias rezaba el Salterio entero con mas de doscientas oraciones, y se postraba trescientas veces cada dia para adorar á Dios, haciendo cien veces la señal de la cruz en cada hora canónica. Tenia distribuida la noche en tres tiempos diferentes: el primero le empleaba en rezar cien salmos, y en hacer doscientas genuflexiones; el segundo le ocupaba en rezar cincuenta salmos metido en un estanque de agua helada hasta la garganta; y lo restante estaba destinado para tomar un poco de reposo sobre una dura piedra. Estos fueron los princi-

pales medios de que se valió san Patricio para ganar á Jesucristo tantos pueblos, y para convertir los pecadores y los idólatras.

Pero no solo convirtió á la fe á aquellos pueblos, sino que tambien los cultivó, los pulió, los civilizó. Hallara Patricio en aquella isla los pueblos tan bozales, tan groseros, que apenas sabian hablar, y ninguno de ellos sabia escribir; el santo los enseñó, los industrió, y en poco tiempo los hizo capaces de aprender no solamente las mas bellas artes sino tambien las mas elevadas ciencias.

En fin, colmado de merecimientos, respetado aun de los mismos gentiles, y lleno de alegría, viendo el floreciente estado en que dejaba en Irlanda el reino de Jesucristo, á los ochenta y cuatro años de su edad (aunque algunos historiadores le dan ciento y treinta), pasó á recibir en el cielo la corona de sus trabajos, el año 460 ó 461. Murió en su monasterio de Sabal, habiendo edificado trescientas y sesenta y cinco iglesias, consagrado otros tantos obispos en los veinte y cinco ó treinta años que él lo fué, y ordenado casi tres mil presbíteros. Fué sepultado en la iglesia de la ciudad de Douna, donde fué honrado de los pueblos, que concurrían en tropas á venerar su sepulcro, haciéndole muy célebre el Señor con innumerables milagros; hasta que en tiempo de Enrique VIII, rey de Inglaterra, fué destruida la iglesia de Douna por Leonardo Grey, marques de Dorset, y virey de Irlanda, el cual pagó el delito de su sacrilegio sobre un cadalso, en que le cortaron la cabeza el año 1541.

En la provincia de Ultonia se ve aun el dia de hoy una pequeña isla hácia el medio de un lago que forma el Liffer, donde dicen estaba el célebre Purgatorio de san Patricio (1). Es una cueva donde se da por cierto que el Santo pasó toda una cuaresma en el ejercicio de

(1) Boll. 17. Mart. p. 589.

las mayores penitencias, y donde padeció inimaginables tormentos por parte de los demonios, que hicieron todos los posibles esfuerzos para espantarle y para retraerle de su zelosa resolucion y propósito de trabajar en la conversion de aquellos isleños. Hízose muy célebre esta cueva, así por haber morado en ella san Patricio, como por lo que en ella habia padecido; y muchos santos varones, movidos de devocion, se retiraban á ella algunos dias para dedicarse á ejercicios de oracion y penitencia; lo que precisó á edificar al rededor de ella algunas celdas, que se llamaban las celdas de los santos. Créese que, para dar alguna idea de las penas y de los premios de la otra vida á aquella gente extremadamente grosera, que no acertaba á concebir lo que no la entraba por los sentidos, alcanzó de Dios nuestro santo que en aquella cueva experimentasen algunos sensiblemente lo que no podían comprender; y como todos los penosos ejercicios de penitencia que allí se hacían, se dirigían á purificar las almas de sus culpas, se dió á la cueva el nombre de *Purgatorio de san Patricio*. Hubo antiguamente en aquella isleta un célebre monasterio de canónigos reglares de san Agustin, cuyo prior tenia la llave de la cueva, hasta que en el año de 1494, el papa Alejandro VI, teniendo noticia de los muchos abusos que se habian mezclado en las mortificaciones arbitrarias, ordenó, por breve expreso, que se cerrase y se cegase la cueva, y que se destruyese todo aquel sitio, sin que jamás se volviese á admitir á ninguna persona á aquel género de pruebas.

SAN CIRILO DE JERUSALEN, DOCTOR DE LA IGLESIA.

Nació este santo en Jerusalem, ó en sus cercanías, por los años de 315. Aplicóse desde muy niño al estudio de las santas escrituras, y llegó á hacérselas tan fami-

liares, que todos sus discursos, la mayor parte improvisados, son una cadena de textos ó alusiones á los libros sagrados. Tambien estudió á fondo la doctrina de los padres que le habian precedido; ni se desdeñó de leer los libros de los filósofos paganos, persuadido de que en ellos encontraría armas para combatir fructuosamente los errores de la idolatría. Adornado con tales conocimientos, y mas todavía con la prenda de las virtudes, juzgó Máximo, obispo de Jerusalem, que debia ordenarle de presbítero. Así lo hizo, y luego le encargó el cuidado de anunciar la palabra de Dios y de hacer las catequesis; función de mucha importancia en aquellos tiempos, la cual desempeñó Cirilo con tanto zelo, y en la que adquirió tan grande reputación, que á la muerte de Máximo, por los años de 350, mereció ser elegido para sucederle.

El principio de su episcopado es célebre en la historia por un milagro que obró Dios para honrar el instrumento de nuestra salvación. Presenciólo el mismo santo, y dió cuenta de él en una carta que escribió al emperador Constancio. Copiaremos sus palabras: « El día de las nonas (el 7) de mayo, sobre la hora » de tercia (hacia las nueve de la mañana), se dejó » ver en el cielo una luz resplandeciente, en forma » de cruz, que se extendía desde el monte Calvario » hasta el de los Olivos. Viéronla no una ó dos per- » sonas, sino toda la ciudad. Ni era uno de estos fenó- » menos pasajeros que se disipan al instante: esta luz » brilló á nuestros ojos durante muchas horas, y con » tanto resplandor, que el sol mismo no podia ofus- » carla. Todos los espectadores, penetrados al mismo » tiempo de temor y de gozo, fueron corriendo á la » iglesia; ancianos y mozos, fieles é idólatras, natu- » rales y extranjeros, todos no tuvieron mas que una » voz para alabar á nuestro Señor Jesucristo, hijo » único de Dios, cuyo poder obraba aquel prodigio;

» y todos reconocieron á una la divinidad de esta re- » ligion á la que daban testimonio los cielos. » La ver- » dad de este hecho no admite duda alguna, y en su memoria celebran los griegos una fiesta el 7 de mayo.

Algun tiempo despues de este suceso, se suscitó una disputa bastante acalorada entre san Cirilo y Acacio, arzobispo de Cesarea. Tratabase primeramente de materias de jurisdicción; pero de aquí se pasó á cuestiones mas graves; y Acacio, que era uno de los mas fogosos partidarios del arrianismo, no paró hasta hacer deponer á nuestro santo, en un conciliábulo de obispos arrianos. Para evitar mayores males, se retiró Cirilo primeramente á Antioquía, y despues á Tarso de Cilicia, donde fué recibido con mucho honor por el obispo Silvano. Restablecido en su silla por decreto del concilio de Seleucia en 359, fué otra vez depuesto en el año siguiente, por maquinaciones de los arrianos, en un concilio de Constantinopla.

Despues de la muerte de Constancio, acaecida en 361, tomó las riendas del imperio Juliano el Apóstata, el cual, con siniestras intenciones, dispuso que volvieran á sus diócesis los obispos desterrados. Su designio era hacer odiosa la intolerancia de su predecesor, tener la balanza igual entre católicos y herejes, y promover la division para desacreditar el cristianismo; política insidiosa, de la que se sirvió Dios para volver á nuestro santo á su iglesia, y hacerle presenciar uno de los mas brillantes prodigios que se han obrado en favor de la religion de Jesucristo. Este emperador filósofo habia visto que todas las persecuciones contra la Iglesia no habian hecho mas que consolidarla; pero no por eso tenia menos deseo de acabar con ella. Instruido como estaba en sus creencias, sabia que el pueblo judío, disperso por todas partes, sin rey, sin templo, sin sacrificios, era un testimonio permanente de la verdad de las profecias;

sabía tambien que Jesucristo habia predicho la destruccion del templo, y que nunca seria reedificado. Para convencer de falso este vaticinio, escribió una carta muy lisonjera á toda la nacion judía, eximiéndola de impuestos, y encomendándose á sus oraciones; en seguida mandó que volviendo todos los Judíos á su patria, reedificasen el templo, y pusiesen la ley en observancia; á cuyo efecto prometió ayudarles con todo su poderío. A esta noticia, de todas partes corrieron los Judíos á Jerusalem. Bien pronto reunieron sumas considerables. Las mujeres judías daban sus joyas y pedrerías para contribuir á los gastos de la empresa. Juliano mandó á sus tesoreros que suministrasen el dinero necesario para la construccion del templo; envió los mas hábiles arquitectos del imperio; confió la direccion de la obra á personas del primer rango, y dió la superintendencia general á su amigo Alipio.

San Cirilo, que veía todos estos preparativos, no manifestaba la menor inquietud; antes bien sostenía que los oráculos divinos tendrían un entero cumplimiento. Y como ya se empezase á demoler los fundamentos antiguos, aseguraba que esto les era permitido para que se verificase al pié de la letra la prediccion de Jesucristo de *no quedar piedra sobre piedra*; pero que no podrían pasar adelante. Así sucedió en efecto; porque cuando quisieron poner los nuevos cimientos, castigó Dios la temeridad de los Judíos, haciendo que saliesen llamaradas de fuego. Pero oigamos á Amiano Marcelino, historiador gentil y panegirista de Juliano. «Mientras el conde Alipio, dice, asistido del gobernador de la provincia, apresuraba los trabajos, » horribles torbellinos de llamas salieron de los parajes contiguos á los cimientos, quemaron á los obreros, y les hicieron el sitio inaccesible. En fin, » como este elemento persistiese siempre con una

» especie de obstinacion en rechazar á los obreros, » hubo necesidad de abandonar la empresa. »

Este suceso milagroso es referido con todas sus circunstancias por una multitud de autores que vivían en el siglo de Juliano. San Gregorio Nazianceno hablaba de él un año despues que pasó; san Crisóstomo hace mencion de él en muchos pasajes de sus obras, como de un hecho sucedido hacia veinte años, á la vista de muchos de los que aun vivían. La relacion de este acaecimiento se halla en san Ambrosio, en Rufino, que vivió largo tiempo en aquellos lugares, en Teodoro, que pasó la mayor parte de su vida en las provincias inmediatas, y en las historias de Sócrates, Sozomeno, Filosterges, etc.; de manera que no se puede contestar la verdad del hecho sin caer en el pironismo mas deplorable.

A la vista de un triunfo tan glorioso para el cristianismo, san Cirilo adoró la omnipotencia de Dios, y siguió trabajando con mas zelo en la salvacion de sus ovejas. Su adhesion inviolable á la fe de Jesucristo le hizo aborrecer de Juliano, el cual, como escribe Orosio, habia resuelto sacrificarle, á su vuelta de la guerra de Persia; mas atajóle la muerte en su detestable proyecto. No obstante, todavía tuvo que padecer nuestro santo; porque el emperador Valente, inficionado con el arrianismo, le desterró en 367, y le tuvo desterrado hasta el año 378, en que el emperador Graciano le restituyó á su silla. Encontró su rebaño dividido por el cisma y la herejía, y trabajó con todas sus fuerzas en restablecer la paz y la unidad de doctrina. Asistió en 381 al concilio general de Constantinopla, donde suscribió á la condenacion de los semi-arrianos y de los macedonianos. En fin, terminó su gloriosa carrera con una dichosa muerte el dia 17 de marzo del año 386, á los setenta de su edad. Tenemos de san Cirilo las *Catequesis*, ó instrucciones dirigidas á los catecúme-

nos, en número de veinte y cinco, que compuso en Jerusalem, siendo catequista; obras muy útiles, porque en ellas se lee la misma doctrina que hoy día profesa la Iglesia acerca de los sacramentos, y sirven para refutar á los protestantes. Tambien nos queda de él una homilía sobre *el paralitico del Evangelio*, y la carta de que hemos hablado, dirigida á Constan- cio, sobre *la aparicion de una cruz luminosa*.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Hibernia, el tránsito de san Patricio, obispo y confesor, el primero que predicó á Cristo en aquel país, donde resplandeció en grandes milagros y vir- tudes.

En Jerusalem, san José de Arimatéa, noble decu- rion, discípulo del Señor, el cual habiendo bajado de la cruz el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo lo sepultó en su propio sepulcro, aun nuevo.

En Roma, los santos mártires Teodoro y Alejandro.

En Alejandria, la conmemoracion de un gran nú- mero de santos mártires, los cuales, siendo presos por los adoradores de Sérapis, no queriendo de nin- guna manera adorar aquel idolo, fueron cruelmente atormentados, en tiempo del emperador Teodosio, el cual despues que lo supo, mandó por un edicto des- truir el templo de Sérapis.

En Constantinopla, san Pablo, mártir, el cual fué quemado en tiempo de Constantino Coprónimo por defender el culto de las santas imágenes.

En Chalon de Borgoña, el triunfo de san Agricola, obispo.

En Nivelá en Brabante, santa Gertrúdis, virgen, la cual, siendo hija de muy nobles padres, despreciando al mundo, y ejercitándose toda su vida en los oficios de todas las virtudes, mereció tener á Jesucristo por esposo en el cielo.

La misa es en honra de san Patricio, y la oracion es la que sigue.

Deus, qui ad prædicandam gentibus gloriam tuam, beatum Patricium, confessorem tuum atque pontificem mittere dignatus es: ejus meritis et inter- cessione concede ut quæ nobis agenda præcipis, te miserante, adimplere possimus. Per Do- minum nostrum Jesum Chris- tum...

O Dios, que te dignaste enviar al bienaventurado Patricio, tu confesor y pontífice, para que anunciase tu gloria á los gen- tiles, concédenos, que con tu gracia y por su intercesion y merecimientos, cumplamos fielmente todo lo que tú nos mandas. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduria, y la misma que el dia 1, pág. 29.

NOTA.

« Los elogios de los patriarcas insignes, que se leen » en los libros sagrados, son el retrato de los santos » pontífices del nuevo testamento. El autor del Ecle- » siástico, en los capítulos 44 y 45, forma el compendio » de las virtudes y de las maravillas de los mas san- » tos pontífices de la Iglesia, dándonos en resúmen la » historia de las virtudes y singular mérito de Henoc, » de Abraham, de Isaac y de Aaron. La epistola de la » misa de este dia es un epilogo de los elogios de es- » tos grandes hombres. »

REFLEXIONES.

Ecce sacerdos magnus: ves aqui un gran sacerdote. Ni los grandes títulos, ni las gruesas rentas forman los grandes prelados. La grandeza de los ministros de Jesucristo tiene origen mas noble, y nace de otros principios. *In diebus suis placuit Deo, et inventus est justus: non est inventus similis illi, qui conservavit legem Excelsi*: agradó á Dios mientras vivió: fué justo,